

REVISTA DE ARAGON



SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERUEL: Administracion de *El Turulense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.

—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, veinte céntimos de peseta.
Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Píno, 2, 2.º—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.
—No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Advertencia.*
- II.—*El Misticismo Aleman en el Renacimiento.*—*Jacobo Böheme* (conclusion), por D. Severino Alderete.
- III.—*Los Justicias de Aragon.*—I—Por D. Victorio Pina.
- IV.—*Un diplomático en Tong-tschu-fu,* por Méry.—Traduccion libre del francés (continuacion).
- V.—*La Defensa de Monjuich.* (Episodio del sitio de Gerona), por D. Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—*Epigramas,* por D. M. de Cavia.
- VII.—*Ferrocarriles Aragoneses.*
- VIII.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios,* en la cubierta.

ADVERTENCIA.

Con motivo de haberse ausentado de Madrid por unos dias nuestro ilustrado compañero el Sr. Matheu, no ha podido enviarnos la *Crónica Madrileña* correspondiente á este número de la REVISTA DE ARAGON.

Hemos procurado subsanar esta falta dando á las materias del sumario notable aumento y mayor variedad.

EL MISTICISMO ALEMAN EN EL RENACIMIENTO.

JACOBO BOHEME.

(CONCLUSION.)

El *Hijo* de Böheme, si bien posee algun parecido con el segundo momento de Hegel, tiene más analogía con lo que Hartmann llama *Voluntad*, en oposicion á la Idea, si bien, segun el filósofo antiguo, esta Voluntad no se opone al *Sér* ó *Idea* creando, como en este último, ántes se manifiesta en el fondo mismo del *Sér* de una manera que bien pudiéramos llamar intrínseca ó imanente, reflejando en su propio seno á fin de reproducir á su presencia la expresion de la infinita Sabiduría (*lógos*). Pero la verdadera expresion ó manifestacion, continúa, es la exterior; es decir, aquel acto indivisible que pone en ejercicio las fuerzas virtualmente contenidas en el Padre.

Después, siguiendo tal vez á Paracelso, ó lógicamente deduciendo las consecuencias de los principios

asentados, llega á decir que en el hombre se dá igualmente la Trinidad, idéntica á la primera en la esencia, pero distinta, como manifestacion finita que es de la primera. El alma, considerada como sujeto de todos los actos y modificaciones es el Padre; la luz que en ella resplandece (debía aludir á los principios y leyes cardinales de la razon) significan el Hijo, el *Verbum* de Santo Tomás, aunque, como es sabido, en este filósofo no es tal hasta que la especie expresa se presenta. No es difícil ni arbitraria la anterior suposicion, aunque basada solo en las comparaciones y palabras simbólicas, que siempre se han referido á la razon. El Espíritu Santo está representado por la accion extrínseca y objetiva; la expansion afectiva, que él llama, de la luz espiritual (amor).

Resalta más que en nada su parentesco científico con Paracelso, en el modo de explicar y dividir la ciencia. Sabido es, enuncia con no escasa profundidad de pensamiento, que sólo puede haber una ciencia, puesto que ésta consta de distintas ramas, segun los modos de manifestacion. Es imposible, por lo tanto, estudiar los átomos si no se refieren á las fuerzas, ni estas sin tener presentes las leyes generales del cosmos; no de otro modo, que las mismas leyes resultarían un absurdo no subiendo á más alta esfera á buscar su origen. Sin embargo, las naturalezas y formas de ellas hacen preciso estudiar bajo distintos aspectos esta ciencia una. Como se vé, en esta introduccion al estudio de la ciencia se esforzaba, ya que no lo consiguiera, por conseguir la ciencia trascendental, por que hoy tanto nos afanamos.

Admitía dos naturalezas; la una es activa, todo lo causa, es eterna y directamente emanada de Dios; una especie de sustancia universal, en que se reúnen todas las propiedades y condiciones de los seres de una manera eminente, y en la que se vale la infinita Sabiduría para gobernar la segunda, que es la visible y creada, el Universo. (*De natura naturante y natura naturata*). Es, pues, la primera intermediaria entre Dios y el Universo, á la vez que expresion misteriosa de la primera causa; ella señala la relacion de los seres particulares en armónica y universal proporcion. Se vé en este providencial *demiurgo* que lleva de Dios á la naturaleza y de esta á Dios algo de la concepcion dinámico-espiritualista de Paracelso y aun de algunas enseñanzas de Platon.

Como la ciencia ha de ser por inundacion, nace por ella la contemplacion y el deseo bajo distintas fases, dándose estas tanto por partes de la cosa contemplada cuanto del sujeto que contempla, semejándose algo en esto á *las fuentes espirituales* de las escuelas místicas españolas.

Todos los principios de existencia son puestos ántes en la Suprema Esencia, siendo los más principales los que él llama luz y tinieblas, egendadores de la contradicción, aunque el primero sea más perfecto. La más somera contemplación nace de una esencia, que engendra el deseo de lo que le contradice, y esta negación relativa es el incentivo de la contemplación, como lo fué, presidiendo á la formación de las cosas, haciéndolas pasar del no sér al sér, bien así como en Hartmann lo consciente de la oposición de la Voluntad y la Idea. Así, poniendo un ejemplo, dice, cómo el frío engendra el deseo del calor, y la oscuridad el de la luz.

Pero esta contradicción, que nos llevó á la contemplación, produce necesariamente movimiento; del choque fluye la fuerza, que divide y separa por medio de esta gratísima expansión, causa inmediata de los más puros deleites: y aquí, recordando quizá la doctrina de los antiquísimos órficos ó la tradición anática, hace germinar del caos, *magnum misterium*, que él apellida, todos los elementos naturales.

Es la principalísima fuente la finalidad, por la cual la fuerza se declara é imprime dirección á la expansión. Finalidad, que es la causa ocasional de los actos morales, instintos animales y tendencias naturales. Esta doctrina, que expone en su primer libro *La Aurora*, no está bien determinada.

A dicha ciencia sigue otra, consistente en un fuego espiritual, del cual raze la luz, alma del hombre, puesto que el fondo, *substratum*, de nuestra razón, formado está por el *nóusfós* de este famoso místico, algún tanto análogo al elemento esencial de Van-Helmont ó fuerza universal de Heráclito.

Es eterno y ha asistido á la creación como actor y elemento necesario de ella. Constituyen la esencialidad del espíritu humano, y en esto sigue al ya conocido médico alquimista, los tres aspectos divinos: deseo, movimiento y finalidad. Como hemos visto, es el primero iluminador y vivificador, pues no sólo por él se conocen las cosas, sino que también se mantienen.

De lo que Böheme llamaba tercera esencia nacía la cólera, cuyo fundamento eran las anteriores cualidades. Si á esta energía llega á unírsele la sabiduría (*luz*) nacerá el amor puro de benevolencia, que lleva á las más altas acciones y por ellas á la Bondad infinita; mas si tal unión no se verifica, *el fuego de la cólera (amor concupiscente)*, impelerá á los séres á la destrucción y muerte. Para que esto no llegue á extremarse hay una quinta esencia ó luz benéfica que, modificando el fuego destructor, llega á producir el amor eterno, el cual, á pesar de esta producción, ni ha tenido principio ni tendrá fin tampoco. Estas últimas aseveraciones resientense de las influencias, que á guisa de restos informes aún quedaban de los Gnósticos.

Es la sexta esencia la sonoridad; esto es, entendimiento finito; eco lejano de la racional armonía que resuena á través de la *natura naturante* en las supremas alturas de lo absoluto. Esta cualidad se manifiesta en el hombre por el lenguaje, forma de que se reviste aquesta esencia, valiéndose del sonido de la palabra. No es perfecto, le falta existencia formal al concepto visto por la luz, mientras no esté manifestado en su forma propia, que es el lenguaje hablado (verbo expreso), manifestación del purísimo concepto, contenido en él (*lógos*).

Emana la sétima esencia del Espíritu Santo, y es la forma que dá á la existencia su postrer condición, que es la de volver al seno de lo Absoluto, de donde había fluido. La unidad abstracta, fría, muerta, en que se contenían virtualmente las existencias, y en cuyo seno tantas manifestaciones se habían verificado, vuelve á informarlas ya modificada, pero concreta, llena de vida y actividad.

Estas son las esencias que existen á un tiempo en la Esencia única, que enumera en séries, porque el lenguaje limitado no permite hacerlo simultáneamente, como ellas son.

Como en la *naturante*, declárase en la *natura naturata* panteísta sin rebozo, pues, según él, no son las existencias finitas sino formas en que se traduce la infinita sustancia; del mismo modo que en nosotros las ideas se traducen en fenómenos. El *ex nihilo* de los Sagrados Libros no quiere significar que existiese nada, ántes bien, que nada había al hacer Dios brotar la creación de su propia sustancia. A sus ojos, el universo no es otra cosa que el cuerpo de que ha revestido su espiritual y absoluta esencia, forma que no ha tomado fuera de sí, sino que ha sacado de su propia esencia, viniendo á sacar las mismas consecuencias panteístico-materialistas que la llamada izquierda hegeliana.

Y otra de las consecuencias que había de hacer desprender de sus teorías, era la absoluta resolución de aquellas antinomias, puestas necesariamente en el espíritu, no de otro modo que el autor de la *Filosofía del espíritu* ha hecho en estos últimos tiempos con más ciencia y alto génio. Había dicho Böheme que no por fusión del entendimiento humano y divino, sino por inundación de éste llegábamos á la ciencia. Interrogado y objetado sobre su sistema y conclusiones panteístas, junto con la contradicción entre ellas y los dogmas del infierno é idea del mal, sin embarazo alguno niega rotundamente que pueda haber demonios, ni infierno, sosteniendo que fuera de Dios no existe el mal, porque Él es absolutamente todo y por lo tanto nada puede oponerse á Dios, pues si algo se opusiera dejaría de ser absoluto, ya que lo opuesto supone limitación, y los que tal suponen anulan la concepción del Supremo Sér, que ni sería infinito ni inmenso y mucho menos nada ilimitado. Son ideas estas repetidas todas mil veces ántes y despues de él, sin modificación alguna por cierto, si por tal no se consideran las circunstancias; no entramos á considerarlas y analizarlas, porque aquí sólo hemos de estudiar los sistemas como son en sí, y no como debieran ser, cosa que nos llevaría demasiado lejos.

El mismo que en su *Apología contra Tilwen* y *Descripción de los tres principios* quiere presentar como el Sér absoluto y sin ninguna limitación, á más de limitarlo, incluyendo en su esencia las contradicciones, viene despues á anularlo al pretender definir el mal, diciendo es una privación dotada de actividad que nace de la contradicción en la primera esencia, así como en lo físico lo áspero es una privación activa que nos mueve. El mal, dice en su libro *Signatura rerum*, es, no una pura negación absoluta, sino una fuerza positiva, es decir, la cuarta esencia de que ya hemos hecho mención. Y claro es que, siendo propiedad esencial de un sér necesario, ha de ser con necesidad absoluta, viniendo á concluir contra la verdadera libertad, cosa que acepta hasta sus últimas conclusiones, al decir que más se manifiesta esta necesidad en la naturaleza creada, y á no ser por esta energía que al contrariar remueve la actividad natural, y por cierto con más fuerza que al espíritu, las condiciones de desarrollo habrían desaparecido del Universo. Esto es, sucede lo mismo que en nosotros cuando por el dolor buscamos el placer.

Destruye, pues, toda moral, no sin engolfarse despues en esa contemplación y absorción divinas, caminos espeditos que lo conducen al no sér. Es notable que despues afirme que el mal sólo puede removerse por la inteligencia humana convenientemente asistida de la Divina actividad.

Escusado es decir, siendo comun á los místicos todos alemanes, que el carácter moral de este filósofo

se reduce á un quietismo impotente, consecuencia de un fatalismo absoluto.

SEVERINO ALDERETE.

LOS JUSTICIAS DE ARAGON.

I.

Si siempre es agradable al escritor emplear su pluma en alabanza de la tierra que le vió nacer, ese agrado múdase en respeto y admiracion cuando la historia de su país es tan gloriosa que, no cabiendo en el horizonte que cierra sus llanos y montañas, en alas de la celebridad pasó á otros, donde penetrando más adelante sus hijos, los ilustraron con su valor, ciencias y virtudes. Aragon, agitándose indomable en los valles y montañas del Pano, se precipitó saltando y arrastrando en su triunfadora marcha el valladar mahometano, y extendiéndose por las feraces campiñas que enriquecen el Ebro, Jalon y Gállego, formó de ellas un reino con la punta de su espada, y no satisfecho su aliento con esta memorable empresa, ávido de nuevos laureles, despues de luchar contra las tempestades desencadenadas, los ganó allende los mares y clavó sus ensangrentadas barras sobre las almenas de Nápoles, cuando ya habia enarbolado la cruz de Sobrarbe en el Rosellon y Cerdeña.

Nacion eminentemente civilizada y civilizadora, nacida entre el fragor de los combates y sencilla poesia de los cantares de sus hijos labradores y guerreros, elevó sobre el pavés y envuelto en la púrpura á un noble, ménos preclaro por su real sangre que por su denuedo, virtudes y pecho magnánimo, para que los condujera á vengar el honor español, que en hora menguada el último rey godo, caballeroso y desgraciado, defendiera con el valor que dá el arrepentimiento, contra la ardiente muchedumbre africana, ayudada del rencor y perfidia, y que no abandonó hasta que, abrumado por el destino providencial de los hijos del Profeta, empujado por la justicia divina, lo sumergió empañado con la molicie, que lo manchára en los alcázares de Toledo, en las rojas aguas del Guadalete; que tal es el triste fin de las razas y pendones que se ennoblecieron en los campos de batalla y se degradaron y enervaron con la blandura de los placeres de córtes afeminadas y criminales.

Empero, aunque Aragon se eligió un monarca al que juró obedecer, bien dentro de los muros de Arahuést ó bajo las majestuosas naves del monasterio Asanien-se, elevado por la munificencia del godo Gesalico y conocido más tarde con el nombre de su tutelar San Victorian, no se le entregó como un reino inerme; que no se avenia á tan duro vasallaje el carácter altivo é independiente de sus naturales, y porque á esta condicion se unieron los consejos del Papado, institucion sapientísima y proba en aquellos siglos de hierro, y la experiencia de lo sucedido en otras naciones que, entregándose inconsideradamente á la monarquía, si en ocasiones ésta las convirtió en grandes imperios, tambien en otras hizo de sus pueblos *grex pecudum* inmolada al capricho ó al antojo.

Al efecto, con una prevision profundamente política, que eclipsó las prácticas gubernamentales de los Lacedemonios y Cretenses, entusiasta la nacion aragonesa de las libertades públicas y enemiga por instinto y conviccion de todas las tiranías, salvó los abismos de ser la esclava de un entendimiento imbécil, loco ú orgulloso y de una voluntad autocrática con corona, y el no ménos espantable de exponerse á zozobrar en el oleage de los huracanes populares, que las muchedumbres, segun escribió Herodoto, «son insi-

pientes é insolentes y al obrar se precipitan como rios desbordados.» A cuyo fin estableció el Justiciado, no como lo inventó Othman en su *Franco Galia*, superior al monarca en todos los casos y que más tarde, tomándolo de este autor, reprodujo en su emigracion en apoyo de sus pretensiones el funestó para nuestros fueros Antonio Perez, y sí como un juez medio entre los derechos de la corona y los de la nacion; moderador entre las exigencias del rey y las libertades de los vasallos. Institucion veneranda la del Justicia; «Fénix del mundo,» como la llamó el Virey y Arzobispo D. Fernando; gemela de nuestra monarquía, la más admirable de cuantas gastó el tiempo; que habló á los reyes en sus sólios la verdad sin afeites ni adulaciones y vibró su voz con fuerza incontrastable sobre la majestad tumultuosa de los pueblos, á la que desarmó en el momento que iba á herir sin misericordia el perjurio y la felonía; poder íntegro, vigilante avanzado de nuestros fueros y leyes, pocas pero buenas, que no las muchas hacen felices las naciones, sino las bien observadas, asesorado y obligado á seguir en la mayoría de los casos el dictámen de un consejo de lugartenientes, y sujeto, no obstante su autoridad casi pretorial y superior á la real—en el caso que esta se desmandára en el cumplimiento de lo que habia jurado cumplir,—á responsabilidad efectiva, hasta poder ser condenado á muerte inapelable por un tribunal de ciudadanos, establecido para recibir los agravios que contra él se denunciáran y dar su derecho á los agraviados; tribunal colocado fuera de los alcances del soborno y del cohecho, extraido de las clases honradas, capitalistas ó industriales, sin otras miras que el interés pátrio, ajenas á las especulaciones y sutilezas científicas, y que terminado el período de su judicatura volvian al ejercicio de su profesion, sin cesantías ni condecoraciones. Institucion sin igual, cumplió lealmente su fin de evitar fuese Aragon el escabel y trono de pasiones bastardas, y á una con sus monarcas, en su mayoría padres de sus pueblos, sancionaron una legislacion vigorosa, patriótica y beneficosa, prestaron robusto apoyo á las ciencias, fomentaron las artes y nos legaron, que es su mayor título de gloria, un nombre immaculado; que tanto puede la buena inteligencia de dos poderes, en otro país antitéticos, pero que en el nuestro, salvo algunas cortas intermitencias producidas por la fiebre de mando de la corona y por la veneracion de nuestros pueblos al pacto fundamental, marcharon constantemente unidos á la realizacion de su ideal político, si bien condenada á morir como todas las instituciones por la fatalidad histórica, la hirió gravemente la desconfianza de Felipe II al hacer rodar por el cadalso la cabeza del inexperto y honrado Lanuza, ante la que se estremecieron de regocijo los manes de D. Pedro el del Puñal, y se dieron por vengados sobre la tumba que cavó la venganza de Felipe V. De sentir es que sólo el nombre de cuarenta y nueve Justicias, salvándose de la avalancha de los tiempos, hayan llegado á los presentes, mientras que los anteriores á la conquista de Zaragoza, meteoros luminosos, brillaron y desaparecieron como las columnas magnéticas que se pierden en la inmensidad de las regiones polares.

No debe extrañarnos se hayan perdido en la silenciosa oscuridad del pasado los nombres de aquellos magistrados, guerreros é infatigables obreros, que ocupados únicamente en la demolicion de la colosal obra de los caudillos Muza Abenzuir y Taric Abenzarza, que ataron á las colas de sus caballos desde el bronceado tingitano al membrudo galo gótico, olvidaran, mientras escribian con sus picas la epopeya aragonesa, el consignar en pergaminos sus nombres y leyes, y si en su vida por los campamentos se hizo necesario el ejercicio de su autoridad, con ella intima-

ron á los monarcas la observancia de la santidad de sus juramentos, y unidos á los ricos-homes, ilustres vástagos de los honorables *seniores*, que crearon al monarca, no hubieran permitido fuese hollado el pacto fundamental de las libertades y franquicias aragonesas, y al alzar la cabeza la tiranía, «bestia feroz que despues de devorar tiene más hambre,» (1) la hubieran aplastado. Exponer las grandezas del Justiciado, biografiando sus más célebres magistrados en una serie de artículos, es nuestro objeto; y ya que las glorias del Aragon contemporáneo no sean tan abundantes ni grandes como las del antiguo, recordemos las de éste, todavía no bien conocido ni bastante alabado.

VICTORIO PINA.

UN DIPLOMÁTICO EN TONG-TCHU-FU,

POR MÉRY.

(TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS.)

(Continuacion.)

Esta música estaba muy en concordancia con las costumbres de los chinos, pueblo laborioso que se levanta al amanecer siguiendo el ejemplo de su emperador, cuyas audiencias empiezan siempre ántes de los primeros fulgores del crepúsculo matinal. Los ministros de la corona,—como diríamos por aquí,—los altos mandarines agregados á la corte y los embajadores que han solicitado audiencia se ven obligados á pasar la noche en los jardines imperiales y esperar que se levante el soberano. El mismo lord Macartney obedeció esta ley y se paseó toda la noche por los puentes chinos de Zhé-hol en compañía de mister Staunton, discutiendo acerca de si doblaría delante del emperador la rodilla derecha ó la izquierda, ó ninguna de las dos, para dejar á salvo el honor de la Gran Bretaña. A imitacion del emperador, los ministros reciben en sus jardines á igual hora. Esta costumbre es la más noble glorificacion de la agricultura en un pueblo cuyo jefe es un labrador coronado.

Cuando el alba apunta, trescientos millones de hombres y mujeres, incluso el emperador, tienen obligaciones que cumplir respecto del arado. Este espera lo mismo á la puerta del palacio que á las de la cabaña. Por eso, apenas hubo acabado el reloj su armoniosa égloga de las tres de la mañana, lord Witmore oyó bajo sus ventanas un redoble de *lo* nacional. La audiencia del ministro Tsin iba á principiar, y el distinguido huésped estaba obligado á presentarse en ella, puesto que el dia antes habia llegado á la ciudad de Tong-tchu-fu.

Lord Witmore se consagró á las atenciones de su *toilette* delante del reloj, entregado entónces á un irónico silencio. Andando como un sonámbulo bajó el diplomático al jardin de recepcion. Aún fulguraban las estrellas y á su soñolienta claridad podíanse distinguir las errantes sombras de los pretendientes á orillas de un lago en miniatura, y unas confusas masas de árboles enanos y estatuas grotescas sobre la terraza del palacio.

Nuestro hombre mereció el honor de ser recibido ántes que nadie. El ministro Tsin hízole sentar á su lado, y como nada tenían qué decirse el uno al otro, un lector de palacio, hombre muy instruido y respetable, abrió las obras del ilustre King-ting-tsi-tching, y con lenta y cadenciosa voz empezó á recitar el libro décimo-nono del admirable poema sobre el labrador:

«Los suspiros y el llanto no se oyen en casa del labrador. Cierto que no aparecen en su mesa los aromá-

ticos vinos de orillas del Kiang, pero en cambio no teme que esté emponzoñado el que consume. ¿No vale más que los humeantes manjares de un espléndido festin el comer rodeado de unos hijos cariñosos? Una vida tranquila y sin zozobras, etc., etc.»

Intentó lord Witmore dormirse sin cerrar los ojos, pero no le fué posible: además, á cada versículo del poema, lanzaba el ministro unos gritos de admiracion tan agrios y penetrantes que mantenian al inglés en estado constante de excitacion nerviosa. Despues de dos horitas de lectura, permitiósele que se retirara. Los pretendientes fueron despedidos hasta otro dia, para que nadie—segun dijo el ministro—tuviese el honor de ocupar el sitio del noble representante de Inglaterra. Favor tan inaudito y singular fué celebrado al punto con un coro de mandarines, que rodearon á Witmore y entonaron, con ruidoso acompañamiento de *lo*, el himno nacional de los antepasados, cuyo estribillo se repite trece veces, y dice así:

See hoang tsien tsu

You lieng yn tien.

Que es como si dijéramos:

Cuando pienso en mis inclitos abuelos

Me siento trasportado hasta los cielos.

Lord Witmore se quedó dormido al poco rato, pero dejando abierto un ojo por cortesía. En cuanto acabó el himno nacional, un mandarin de la servidumbre del ministro le despertó del ojo cerrado para anunciarle que el ilustre Tsin le esperaba dispuesto á almorzar. Este conato de sueño alivió algun tanto al lord y le permitió acordarse de que tenía hambre. Un estómago inglés no soporta fácilmente veintiocho horas de ayuno.

Gratisimo aspecto para un convidado ofrecía el comedor del ministro; percibiase allí un fuerte aroma de canela que abría el apetito como una copa de ajeno. La tapicería estaba cubierta de pájaros que, bordados y todo, daban ganas de engullirlos; tan sabrosos parecian. La mesa, cargada de platos, presentábase con una esquisita pulcritud que alejaba toda idea de repugnancia. Lord Witmore tomó asiento enfrente del ministro, amenazando los platos con famélicas miradas.

El ilustre Tsin, sectario fervientísimo de Fó, desterraba de su mesa la carne de los animales: la del buey sobre todo; porque el buey es sagrado en China, como lo fué en Egipto y como lo ha sido en todos los paises donde la agricultura ha merecido honores de religion y el arado consideraciones de cosa santa. Todo esto, que es admirable en teoría religiosa, debe inspirar al apetito de un inglés vivas protestas.—Empezó el almuerzo con una entrada de coles chinas llamadas *pe-tsay*, de hojas blancas, finas y tiernas, y con una crema de *nison-tou*, otra col de hojas rizadas que ha sido mencionada por el botánico Loris. Witmore acogió con gran frialdad este estreno gastronómico, y su paladar, hecho á más sustanciosos jugos, enviaba con visible pena estas legumbres á su estómago insurrecto. Aparecieron en seguida dos especies de setas á medio cocer, el *mo-kou-zin* y el *lin-tchee*, celebradas ambas por el emperador-poeta Kang-hi, honor sin igual que no han logrado las demás plantas criptógamas de la China.

Witmore, que miraba con gran desconfianza las setas, hubieran sido ó no cantadas por los emperadores de Roma ó de Pekin, escamoteó el pérfido manjar con gran destreza; pero bien pronto se arrepintió de su diplomática perspicacia, viendo al ministro agotar entrambos platos con la punta de sus palillos de oro. Dos criados trajeron luego con mucho aparato un inmenso tazon de porcelana que excitó grande alegría entre los hijos del ministros: era una entrada de azofaifas, llamadas *king-kuang-tsei*, y que se sirven espolvoreadas con pimienta para corregir algun tanto su in-

(1) DANTE: *Divina Comedia*.

sulsez. Los dientes de lord Witmore se estremecieron hasta sus raíces delante de esta cocina glacial, que no podía rehabilitarse ni aun con la pompa de toda la porcelana del Celeste Imperio.

Para colmo de desdichas, ora por casualidad, ora por intencionada disposición, las persianas del comedor se levantaron entónces, y la primera mirada que el huésped inglés dirigió hacía afuera fué á caer sobre un rebaño de soberbios bueyes, suculentos aún en plena vida; el Devonshire no los envía más hermosos á los mercados de Lóndres. Los cuadrúpedos, orondos y satisfechos, paseaban tranquilamente por la pradera, llenos de confianza en su inviolable sacerdocio. Lord Witmore, muriéndose de hambre en la mesa del ministro chino, contemplaba desesperado aquellas masas ambulantes de carne exquisita, aquella colección de sabrosos jamones y ricos *beefsteacks*; el nuevo Tántalo seguía con ávida mirada todos los movimientos de los provocativos bueyes, los despedazaba en su imaginación, colgaba sus trozos junto á las llamas del doméstico hogar, y los servía, por fin, esparciendo apetitosas tufaradas entre dos platos de patatas sustanciosas; pero se entregaba en seguida á una muda cólera interior, cuando los cuadrúpedos le miraban oblicuamente desde la altura de su impunidad, ramoneando las altas hierbas sin temor á enemigas hachas y cuchillas.

Cuando más dominado se hallaba lord Witmore por estos pensamientos, el mismo ministro le sirvió una taza de té negro á guisa de postre. La figura del ministro chino expresaba el contento del anfitrión que en conciencia cree haber cumplido con su deber y que se ufana con la idea de haber obsequiado á su huésped esmeradamente. Una sospecha, relámpago de la reflexión, atravesó el cerebro del diplomático: por un instante lord Witmore creyó que estaba siendo el juguete de Tsin. Pero dos razones poderosísimas obligáronle á desechar esta idea hostil: primero, porque el orgullo británico no le permitía creer por un momento que un estúpido chino pudiera mofarse de tal modo de un diplomático del Foreign-Office; segundo, porque la fisonomía de Tsin tenía un sello de necedad tan pronunciado que toda trama de índole aviesa parecía inadmisibile. Además, lord Witmore recordaba á este propósito la siguiente frase de Addison: «Desconfiad de los hombres que tienen la nariz puntiaguda y los lábios muy delgados: *Trust no man with pointed nose and mouth without lips.*» Este adagio del gran observador inglés, que ha profundizado el corazón humano desde el puente de Rochester, acabó de tranquilizar á lord Witmore. El ministro Tsin no pertenecía á la especie prevista por Addison: su nariz, gruesa y redondeada, descendía sobre dos lábios colorados, anchos y flotantes. ¡Vayan ustedes á desconfiar de un hombre así, sobre todo cuando se ha leído á Addison!

—¡Ah! dijo Witmore para sus adentros, si estuviera aquí lord Bathurst, le pediría que modificase sus instrucciones. Creo que voy á sucumbir bajo el peso de mi tarea.

El ministro dijo al lord:

—Milord, vos siempre comer aquí.

Y los destellos de una bondad enteramente paternal iluminaron su tranquilo rostro. Witmore, pues, quedaba invitado perpétuamente á las comidas domésticas de Tsin: rehusando, se comprometería quizás y además se indispondría con su huésped y lord Bathurst... No tuvo fuerzas para rechazar la oferta y la aceptó.

En este momento entraron cuatro criados y depositaron á los pies de Witmore un enorme presente ofrecido por Tsin. Consistía en un pedazo de roca groseramente esculpido, con pretensiones de figurar el Nipuno chino.

Witmore se encontró grandemente embarazado con el tal presente; cuatro hombres vigorosos podían apenas llevarlo sobre unas fuertes angarillas. El infeliz diplomático se paseó durante un rato alrededor del regalo ministerial, y por fin mandó á los criados que lo dejasen en su cuarto. En este momento se anunció la llegada de la gran diputación de los letrados *Tchinn-ta-quann-minn*, esto es, lumbreras de la ciencia histórica, que forman la más antigua é ilustrada de las Academias del Universo: de ella procede la invención del uso del hierro, antes de Tubalcain, del arado, antes de Triptolemo, de la brújula, antes de Flavio di Gioja, y de la pólvora, antes de Bertoldo Schwartz. Esta ilustre sociedad ha logrado frecuentemente el honor de ser presidida por los *agos* ó sean hijos del emperador, y tiene la facilidad de hacer cesar los eclipses cuando se prolongan de un modo alarmante, aunque verdad es que raras veces usa de este derecho.

No podía lord Witmore, sin faltar á las más rudimentarias conveniencias, cerrar la puerta á aquellos académicos tan engreídos de su ciencia y de su historia. Se informó del ceremonial de recepción y se le dijo que el orador debía hablar sentado y el oyente escuchar de pié. Mejor hubiera preferido Witmore el vice-versa, porque su cuerpo, estenuado por el insomnio y la dieta, tenía horror á la posición vertical y pedía con gran necesidad el auxilio de un buen almohadon.

El orgullo de un hidalgo español ó de un príncipe tártaro es pura modestia junto á la vanidad del presidente de la insigne Academia. Lleva un casquete de color anaranjado, una pluma blanca, y una coleta interminable; y estas son tres cosas que envanece extraordinariamente á todo chino. Sin dignarse saludar á lord Witmore, sentóse el inclito varón sobre el más mullido de los almohadones, mandó hacer lo mismo á los demás letrados y, sacando de un bolsillo de su dalmática un manuscrito enorme, se puso á leerlo con un tonillo gangoso y monótono, que parecía como una muestra de la eternidad.

El tema del discurso era nada ménos que la historia de la China. ¡La cosa no llevaba malicia! Empezó el orador por narrar el nacimiento de Puan-ku, el primer hombre; siguió con la primera raza de los emperadores: los Tien-hoang, emperadores del cielo; la segunda, los Ty-hoang, emperadores de la tierra; la tercera, los Jin-hoang, emperadores de los hombres; entró luego en la dinastía de los cinco hermanos Loung y los sesenta y cuatro Chety; los tres Ho-io, y sus sucesores los seis emperadores Lien-Loung; cuatro Su-ming, veinte San-fei, trece Yu-ti, diez y ocho Chan-tung. Llegaron despues, siguiendo siempre el orden cronológico, los emperadores Li-king-thé, Kay-yug-ché, Yang-ché, Tay-y-ché, autor de una historia natural; Kung-san-ché, Chen-min, Y-ty-ché, Hun-tun-ché, gloriosos reinados, seguidos por los más gloriosos todavía de setenta y una familias. Vino luego el inmortal Ki, el mejor músico del mundo é inventor de la etiqueta china; al nombre de Fou-hi, inclinóse el orador y todos los académicos entonaron el himno de este grande hombre, considerado como el fundador del Imperio Chino, despues de tantas razas nebulosas. Fou-hi, inventor de la astronomía, es el soberano más venerado de todos los que dieron las setenta y seis dinastías hasta el último emperador Tsien-long. El orador hizo á toda conciencia la biografía de los emperadores todos de estas setenta y seis dinastías, y se esmeró particularmente en describir uno por uno todos los descubrimientos realizados durante cada reinado.

¡Doce horas duró el discurso! Y no se necesitaba ménos, porque era un compendio rápido y sucinto de la más larga de todas las historias humanas. Lord

Witmore habia estado á punto de desmayarse al fin de cada dinastía; su cerebro, inundado de sílabas chinas, hallábase presa de un delirio como el del ópio; su frente, despues de soportar el peso de los innumerables emperadores del Celeste Imperio, desfilando uno por uno en una procesion de doce horas, estaba enrojecida y calenturienta como acontece despues de una borrachera.....

Un cuarto de hora habia trascurrido desde el fin del eterno discurso, y aun parecía resonar en el ambiente de la sala aquel fuego graneado de monosílabos que sólo se puede aguantar teniendo una paciencia completamente china. El presidente de la sociedad esperaba con aire triunfante la respuesta del viajero, pero el infeliz diplomático habia olvidado el poco chino que Touang-ho le enseñó en Europa. ¡Ni del inglés se acordaba ya! Apenas si se apercibia de su propia existencia. Sin embargo, aun en medio de tan extremas circunstancias, acordóse el pobre hombre de que tenía un brazo: lo levantó con gran trabajo y lo colocó sobre su corazon, pantomima universal que significa un agradecimiento profundo imposible de expresar con las palabras.

Los sábios se retiraron de dos en dos, balanceándose sobre las puntas de los piés, y á medida que pasaban delante de la estatua de lord Witmore, mirándole con cierta expresion de malicia en sus ojillos. Esta infraccion de las severas costumbres de la ciencia no podia notar el diplomático inglés en el infeliz estado á que le habian reducido sus amigos.

Witmore, al encontrarse solo, cayó sobre un monton de almohadones y se durmió. Este sueño de una hora, concedido al inglés por el ilustre Tsin, no podia menos de aumentar su fiebre en vez de calmarla. Una pesadilla china, la más horrible de todas las pesadillas, asaltó á lord Witmore: las setenta y seis dinastías de emperadores emprendieron delante de él una danza gigantesca; huyendo de este espectáculo atravesó á nado un rio de monosílabos, y al ir á ahogarse en un torbellino de *y-his*, le salvó el inmortal Fou-hi agarrándole de los cabellos... Momentos despues se encontraba sentado á una mesa del mejor de los *restaurants* de Richmond, y el mismísimo lord Bathurst en persona le servía un rico filete del buey Apis y un vaso de ponche helado.

(Se continuará.)

LA DEFENSA DE MONJUICH.

(EPISODIO DEL SITIO DE GERONA.)

..... siendo maravillosa y dechado de defensas la de este castillo.....

(CONDE DE TORENO.—*Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*, lib. 10.)

I.

Ocultaba el sol sus rayos
y ya las primeras sombras
de la noche se extendian
por las riberas del Oña...
ya las brisas de la tarde,
suaves cual arpas eolias,
juntaban sus armonías
al susurro de las ondas;
brillantes miriadas de astros
ornaban la inmensa bóveda
del firmamento, y mi alma,
en abstraccion melancólica,
la galanura admiraba

de aquella conmovedora
perspectiva, recorriendo
del Ter las opacas frondas
que perfumaban las flores
con balsámicos aromas.
Y entónces, en el silencio
de la noche inspiradora,
vibrar en mi corazon
sentí una voz misteriosa:
«Bardo que al amer consagras
y á la fé todas tus trovas
libre cual aérea nube
que en el firmamento flota,
si quieres que de tus himnos
quede un eco en la memoria,
no celebres la belleza
de la noche silenciosa
ni las espléndidas galas
que estas márgenes adornan,
y eleva tu fantasía
á las regiones ignotas
que la mente del poeta
crear ó adivinar logra;
del tiempo sobre las brumas
audaz tu vuelo remonta
y, en el mundo de recuerdos
que alumbró el sol de la gloria,
las homéricas escenas
que el Ter presenciara, evoca;
y las legiones de mártires,
y las hazañas famosas,
y las sanguinarias lides,
y las radiantes victorias
que en templo del heroismo
convirtieron á Gerona!»

.....
No escuché más... los recuerdos
tomaron visible forma
y ante mi asombrada vista
miré gigantes sombras
cuyas sienas adornaba
una celeste aureola...
A todas sobrepujando,
deseollando sobre todas,
la del heróico *Alvarez*,
erguía se magestuosa;
las de Bolivar, Minali
y Mata, preciadas joyas
que enaltecieron los timbres
de las armas españolas,
la del audaz é incansable
Beramendi, y tantas otras
cuyos nombres eternizan
las páginas de la historia...
Y renovados miré
por intuicion portentosa,
los hechos que presenciaron
las murallas de Gerona.
Querer referirlos todos
sería presuncion loca,
que el vate rompe su lira
y la inspiracion se agota
ante tan sublimes hechos
y ante hazañas tan heróicas.
¡Feliz el que dignamente
logre cantar una sola...!

Las aguerridas legiones
que fueron terror de Europa,
las que de Libia á los Cárpatos
y desde el Nilo hasta el Wolga
el águila del imperio
pasearon vencedora,

hoy, en obstinado cerco
y en porfía rencorosa,
ciñen el pensil ameno
que bañan del Ter las ondas.
Ciudad que amor y placeres
brindaba con mano pródiga,
más para cantos de júbilo
que para las lides propia,
¿cómo podrá resistir
del galo la infausta cólera?
Ni ejército numeroso
sus baluartes corona,
ni ancho foso la circuye,
ni construcciones ciclópeas
la defienden, ni se alza
en cumbre dominadora
que le ayude á rechazar
la acometida furiosa
de los que uncieron el orbe
al carro de sus victorias.
Mas débil, desmantelada,
exhausta de armas y tropas
y por tan bravos guerreros
amenazada, Gerona
con serena bizzarria
audaz el peligro afronta,
que todos sus moradores
en héroes se transforman.
No en balde su fuego pátrio
animan las viejas crónicas
que atestiguan el valor
de Ramon Folch de Cardona, (1)
y están de los gerundenses
aun vivas en la memoria
de las legiones francesas
las dos recientes derrotas... (2)
¿Con tan preclaros recuerdos
que feliz éxito abonan
y con tan bizarros hijos
podrá sucumbir Gerona?
Juzgando el francés Verdier
que la victoria es dudosa,
manda talar la campiña
que á la ciudad ciñe, y toma
mil bélicas precauciones
vestigio infalible todas
si de militar pericia
de temerosa zozobra.
Reune sus capitanes
y á consejo los convoca,
concentra todas sus huestes
y armas y útiles acopia
afanoso de vengar
las anteriores derrotas.
Mas para emprender dichoso
el asalto de Gerona,
al lado del Septentrion,
débil castillo le estorba,
en cuya cima, de España
flota la enseña orgullosa.
Es Monjuich!—Del sitiador
desafiando la cólera,
Guillermo Nash y los bravos
que sus almenas coronan
esperan con impaciencia
llegue de la lid la hora.
No tarda...! Las huestes galas,
con asoladora tromba,
apenas del tres de Julio
raya la brillante aurora,

(1) Gobernador de Gerona que en el siglo XIII rechazó victoriosamente al ejército francés mandado por el rey Felipe el Atrevido.

(2) En Junio y Julio de 1808.

al asalto del castillo
ciegas de furor se arrojan.
Dá la señal del combate
del clarin vibrante nota
y olas de fundido plomo,
en granizada espantosa,
de las máquinas de guerra
lanzan las rugientes bocas.
Surca el aire la encendida
cabellera de las bombas
que de Monjuich en los muros
estallan abrasadoras ..
ayes doquiera se escuchan,
doquiera el tambor redobla...
del proyectil al impulso,
que en su superficie choca,
los vetustos murallones
de Monjuich, polvo se tornan...

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

(Se concluirá.)

EPÍGRAMAS.

I.

De un drama silbado á Ernesto
Dijo un autor indigesto
Que los versos y la trama
Plagios eran de otro drama
Que antes habia él compuesto.
Y sin demostrar enfado
Respondió Ernesto:—¿He copiado
Tus pensamientos? Pues, chico,
Si son tuyos, ya me explico
Por qué me los han silbado.

II.

A un calavera indiscreto
Su padre así amonestaba
Cabalmente cuando estaba
De *ingleses* en duro aprieto:
—Siempre á tu deber sujeto,
Víctima de él debes ser,
Vicente, si es menester;
Y contestaba Vicente:
—Eso soy precisamente...
¡Un víctima del *deber!*

III.

Mira al clero con gran ira
Casiano, y tales locuras
Esta manía le inspira
Que hasta á los médicos mira
Tambien mal... porque *hacen curas.*

IV.

—¡La aritmética vá á ser
La perdicion de mi casa!
Decía un marido ayer;
¡*Multiplícando* sin tasa
Me *divide* mi mujer!

V.

Algunos diciendo ván
(Y el vulgo lo escucha y calla)
Que es Don Fabricio el truhan
Hombre de talla.—¿De *talla?*
—Porque *talla* lo dirán.

VI.

Con inocente sonrisa
Dijo Cándida á Dolores:
—¡Es lástima que no sean
Ángeles todos los hombres!
—Pues mira, contestó Lola,
Las alas no las esconden...
¡Como ángeles han *volado*
Todos mis adoradores!

VII.

Viéndose Juan sin trabajo,
Por distraer hambre y ocio
Marchóse á tomar el sol...
Una mañana de Agosto.
Y al liquidarse decía:
—Veremos si de este modo
Gano el pan, como Dios manda,
Con el sudor de mi rostro.

M. DE CÁVIA.

FERRO-CARRILES ARAGONESES.

Achaque de cuantos se interesan por la suerte de Aragon es el quejarse amargamente de la apatía que en el espíritu de nuestros paisanos ha reemplazado á su antiguo esfuerzo en acometer grandes empresas y teson indomable en seguirlas hasta su feliz remate. Harto fundamento, en verdad, han tenido tales quejas; pero cierto es tambien que en los presentes momentos se despierta en este país tal y tan saludable reaccion que ensancha el ánimo y hace esperar para la patria aragonesa nuevos y brillantes dias de prosperidad. La red de ferro-carriles, está en vias de ser, no un lisonjero sueño, sino una grata realidad. Por todas partes se emprenden ó se siguen sin levantar mano estos trabajos.

El ferro-carril carbonífero, ó sea del Bajo-Aragon, adelanta no poco en su construccion, y pronto—á no impedirlo los *obstáculos tradicionales*, que diria el difunto D. Salustiano de Olózaga,—llegarán á su anhelado término esas importantes obras.

El domingo pasado verificóse la inauguracion del trozo de vía comprendido entre La Zaida y la Puebla de Híjar. El silbido de la locomotora, nuncio de progreso y bienestar, resonó por vez primera en el recinto de la provincia de Teruel.—Como los diarios de esta capital han publicado ya minuciosas reseñas del acto en cuestion, parécenos ocioso describirlo con sus puntos y comas. Por otra parte, no cupo á la REVISTA DE ARAGON el honor de recibir una sola de las invitaciones tan pródigamente distribuidas, y aunque esto no sea motivo para formular un memorial de agravios, ésto bastante para impedirnos ser cronistas de ceremonias á las cuales no hemos sido llamados.

**

Hácia donde se dirigen ahora principalmente las miradas es al proyectado ferro-carril del Pirineo Central.

En una de sus últimas cartas preguntaba cierto corresponsal—hombre activo, si los hay,—del *Diario de Avisos de Zaragoza*: ¿Qué se hace en ese país? ¿Consentirán los tenaces aragoneses ver de-

fraudadas sus esperanzas por el conato que ponen en lograr opuestos fines los partidarios del ferro-carril por las Alduides ó por el valle del Roncal?

El país aragonés, que vé con toda claridad la importancia grandísima del camino por Canfrac, no se duerme sobre sus deseos. Antes bien, trabaja por realizarlos y es de ello prueba evidente la reunion que hace pocos dias se celebró en el despacho del señor Presidente de la Diputacion Provincial de Zaragoza. Asistieron allí los Sres. Diputados y Senadores por Aragon que residen en esta ciudad, y como—segun parece—las circunstancias son decisivas acaso para el éxito feliz de ese trascendental proyecto, se resolvió obrar con toda aquella energía, actividad y eficacia que exigen los intereses de Aragon. Mucho habrá de lucharse, porque enfrente de estos los hay tambien de gran cuantía, y que poseen en su apoyo elementos de primera fuerza. Pero esto mismo despertará poderosamente el estímulo y emulacion de nuestros representantes. De su inteligencia y patriotismo hay que esperar lo todo. Amparados sus esfuerzos por los que del otro lado del Pirineo hacen personas de mucha influencia moral y material, será un hecho palpable lo que hoy es sólo comun aspiracion.

**

El Turolense nos ha dado cuenta en su número del domingo último, de la reunion celebrada por los señores Diputados provinciales de Teruel para dar impulso á empresas de vital importancia. Lo es sin duda la construccion del ferro-carril de Calatayud por Teruel á Sagunto; y para atender con preferencia á la realizacion de este proyecto, nombróse una comision, formada por los Sres. D. Mariano Dominguez, D. Rafael Ardid, D. Juan José Andrés, D. Cesáreo Cabañero, D. Jorge Estéban, D. Constantino Hernandez y D. Bartolomé Estéban, á fin de que, estudiando el asunto con el mayor detenimiento, proponga en breve término á la corporacion provincial la mejor forma de dar decidido apoyo, lo mismo al ferro-carril de que se trata, que á cuantos puedan construirse en el término de la provincia de Teruel.

Nuestro nombrado colega hubiera deseado, segun dice, algo más positivo y práctico, una actitud más resuelta, inmediata y definitiva por parte de los Sres. Diputados. La impaciencia de *El Turolense* nos parece muy laudable y justificada. No es por el tortuoso sendero de las dilaciones por donde ántes se llega al término apetecido.

**

Bajo el mismo epigrafe que preside á estas líneas daremos noticia frecuente y exacta de todo lo que atañe á estas importantísimas y necesarias mejoras materiales.—Además de los informes que por nuestra cuenta adquiramos y de los que nos comunique la prensa aragonesa, tendremos sumo gusto en recibir y publicar los datos de todo género, las noticias de interés, las reflexiones de carácter práctico y general, que tengan á bien comunicarnos las ilustradas personas que nos favorecen con su apoyo intelectual y material.